



Valentín Roma, ayer en Barcelona. ALBERT GARCIA

MANUEL JABOIS
 Madrid

Valentín Roma (Ripollet, 56 años) sigue construyendo una obra literaria fascinante con la publicación de *Los trillizos* (Periférica), que sigue a novelas en la misma editorial como *El enfermero de Lenin* (2017), *Retrato del futbolista adolescente* (2019) y *El capitalista simbólico* (2022). Exfutbolista y comisario de arte, director del Macba, Roma dice: "Me comí entero el sueño aspiracional de las clases proletarias".

Pregunta. Dice: "El ideario de mi familia era de una gran violencia, una gran risa, una gran sensualidad y un gran rechazo a las diferencias y las desproporciones".

Respuesta. Yo he escrito mis cuatro novelas intentando preguntarme qué ha pasado con todo eso: ese desclasarse, ese salir de aquel mundo al que tú tampoco querías pertenecer, pero que al mismo tiempo notas o percibes políticamente que te constituye. Las novelas que he escrito no hablan del desclasamiento, no lo exploran ni lo abordan como una especie de eslogan de banda ancha donde se sitúan unas historias y unos personajes. El desclasamiento me parece interesante como un proceso muy complejo de idas y venidas; un proceso que es el proceso de constitución de los individuos.

P. La conciencia de clase.

CONVERSACIONES A LA CONTRA

"Se puede tener conciencia de clase sin querer volver a ella"

Valentín Roma

Director del MACBA y escritor

"Descubrí muy tarde que me había comido entero el sueño aspiracional del proletariado"

R. ¿Se puede tener conciencia de clase sin querer volver a ella? Por supuesto. Eso es lo que cuentan las cuatro novelas desde personajes que tienen posiciones diferentes, con argumentos y telones de fondo distintos. Pero, en realidad, es un poco así. A esa pregunta —si se puede tener conciencia de clase sin querer volver a ella— se añade la cuestión de por qué y a costa de qué, sobre todo. Queremos ser siempre felices. ¿Debemos ser siempre felices? Esa me parece una cuestión también clave.

P. En su caso personal es curioso, porque su desclasamiento empieza a través del atajo de muchas familias proletarias, que es el deporte. Usted fue una gran promesa en el Atlético de Madrid y llegó a las puertas de la élite. Y lo dejó porque no era feliz.

R. Es que yo quería ser escritor, ya en serio. Quería ser escritor.

P. Pero estaba siendo futbolista.

R. Las cosas fueron dándose. Yo me comí entero el sueño aspiracional de las clases proletarias: que los hijos de los obreros y las amas de casa tuvieran estudios no solo era importante, sino que cambiaba el orden del mundo. Me lo creí completamente, como no se lo creían ni nuestros padres, que eran quienes lo promovían. Me creí que, si tenía cultura, nada malo me iba a pasar y, al revés, que, si no tenía cultura, en cualquier momento volvería a la fábrica, que era el lugar que me estaba esperando. Me lo creí completamente, y me daba igual lo que me pusieran delante: éxito deportivo, dinero, me daba igual. Quería tener cultura. Y luego, cuando la tuve, me di cuenta de que hay mil veces más hipocresía en un salón burgués que en un vestuario de fútbol. Pero lo descubrí muy tarde, cuando ya me había comido todo el sueño aspiracional.

P. Ha vuelto al Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (Macba). Y esta vez como director.

R. La pregunta sobre cuáles son los usos de los museos dentro de la esfera pública sigue siendo una pregunta absolutamente crucial. Si antes ya lo era, ahora sigue siendo muchísimo más crucial en una esfera pública como la que tenemos, absolutamente tensionada, polarizada. El museo es un espacio no solo necesario, sino imprescindible. Si a mí me pidieras definir qué es el arte, te daría una definición muy elemental. Ya no es interesante la pregunta ontológica "¿qué es?", pero fundar un desorden me parece el gran objetivo de todo arte: fundar desórdenes allí donde hay acuerdos. Y eso debería ser el museo: ese lugar donde circulan los desórdenes que cuestionan acuerdos y donde las personas, donde la sociedad, encuentran ese lugar de redefinición de categorías que son estancias y, en muchos casos, coercitivas.

LUZ

SÁNCHEZ-MELLADO

El novio de Inés García

Anteayer me comí un bulo como la catedral de Burgos. Qué vergüenza: casi 60 tacos y 40 de oficio y parezco nueva. En mi disculpa diré que estaba liadísima. Hallábame sentada en el trono, móvil en ristre, indignadísima con la que le estaba cayendo en redes sociales a Inés García, cuando, de repente, el algoritmo me puso ante los ojos un comunicado de la susodicha pidiendo compasión en su cuenta de X y, claro, me faltó tiempo para retuitearlo con un comentario de apoyo. Pues bien: todo era falso. El comunicado, la cuenta y la identidad de García. Aún no me he repuesto del ridículo.

Para quienes, a estas alturas, no sepan quién es Inés García, ya se lo cuento yo, que hay que explicárselo todo. García es una *influencer* de 21 años cuyo novio al cierre de estas líneas era un tal Lamine Yamal, un futbolista de 19 veranos recién cumplidos que acaba de ganar la Copa del Mundo. Y lo único que no es falso en esta historia es la virulencia de los comentarios que le han caído y le caen a García por ennoviarse con Yamal y presumir de ello en TikTok e Instagram. Que si es una buscona que no lo tocaría ni con un palo si no fuera multimillonario, como si los futbolistas no peinaran las redes en busca de bellezas *random*. Que si él pasa de ella y ella se arrastra. Que si ella lo utiliza para escalar en la cadena trófica del famoso, como si ellos no las exhibieran cual trofeos.

Lo de siempre: un insoportable hedor a machismo, moralina y misoginia. Desde que a Sara Carbonero le hicieran la vida imposible hace 16 años por su noviazgo con Iker Casillas, y hace 10, Georgina Rodríguez le diera la vuelta a la tortilla rentabilizando sin complejos su relación con Cristiano Ronaldo, las cosas siguen por el estilo. Las sospechas, cuando no las culpables de lo que sea, siempre son ellas. Inés García ha pasado en dos días de unos miles a tres millones de seguidores. Y yo que me alegro. Como diría Shakira, otra mala, malísima: Inés, tú factura, que para llorar siempre hay tiempo.



CINE DESDE LA
 TENSIÓN Y LA
 CURIOSIDAD *

Rodrigo Sorogoyen dirige a Javier Bardem y Victoria Luengo en *El ser querido*, una historia volcánica de cine y familia en la que los dos actores brillan como nunca.

Consíguelo gratis este domingo con EL PAÍS.



EL PAÍS
 SEMANAL

EL PAÍS 50